



MATÍAS EN SALTO MORTAL





“Tengo derecho a que no se me discrimine por mi edad, género, sexo, preferencia, estado de salud, religión, origen étnico, forma de vestir, apariencia física o por cualquier otra condición personal”.

CONAPRED, et. al., Campaña Nacional
Hagamos un hecho nuestro derecho

MATÍAS EN SALTO MORTAL

NURIA GÓMEZ BENET



Salto despanzurrado

¡Ah, cómo me gusta la bicicleta de acrobacia! Me encanta verla en la tele, en revistas, en páginas de Internet, pero lo que más me fascina es subirme a la mía, pedalearle durísimo, acercarme a la rampa a toda velocidad pensando: "¡Tú puedes, Matías! ¡En esta sí te sale!" ¡Y hacer bien un salto nuevo por primera vez!



Desde que la tengo, hace como dos años, me he dedicado a arreglarla como la del cartel que tengo en mi cuarto. Si ahorro un dinero, la pinto, con otro poco le pongo sus manijas de hule espuma o le cambio el asiento. Así, con el tiempo, la he ido arreglando y me he comprado un casco, rodilleras, coderas y todo el equipo de protección. ¡Ah, porque a veces me pongo unos trancazos!

Un día estaba con Nadia en el deportivo, practicando como siempre. Todavía no me salía el salto mortal y ahí estaba yo, dándole a lo mismo una y otra y otra vuelta.



Una de esas veces, salí volando y di el giro perfecto en el aire. ¡Yo creí que por fin me había salido! Pero a la hora de aterrizar... ¡pácatelas, que me caigo!: la bici botó por allá, yo por acá y me acomodé un guamazo como de película.

Nadia se asustó mucho y llegó corriendo.

–¡Matías, Matías! ¿estás bien?

Yo me levanté disimulando el golpe, la verdad. No pensé que me hubiera dado tan fuerte.

–¡Sí, sí! ¡Estoy perfecto! ¿No te dije que iba a practicar el “salto del mayate despanzurrado”?

Nadia se me quedó mirando azorada.

–¿A poco has visto a alguien en todo Kipatla que lo haga mejor que yo?

–¡Ay, Matías Melgarejo! ¡Menos mal que traías casco, aunque del trancazo nadie te salva!

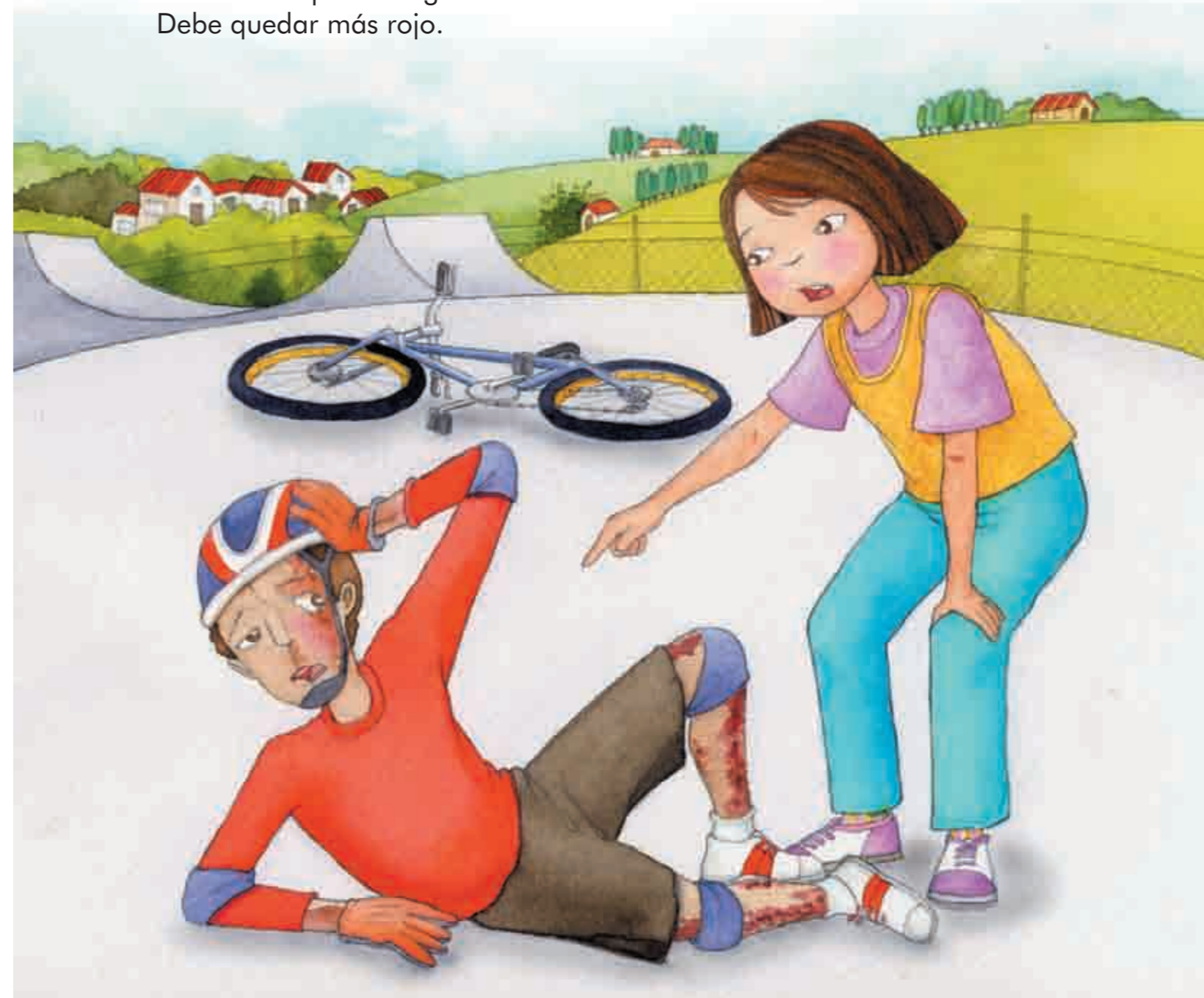
En eso, me estaba acomodando la camisa, que casi se me había salido y Nadia me vio la espalda toda raspada.

–¡Mira nada más cómo te quedó la espalda, Matías! ¡La tienes toda colorada!

Otra vez disimulé.



–¡Así debe ser ese salto! ¿No ves que también se llama “salto de raspado de grosella”? ¡Si hasta le faltó color! Debe quedar más rojo.



—¡Ay, Matías! —me contestó Nadia, ya riéndose—, vamos a mi casa a que te laves, ándale.

Recogí mi bici. Por suerte no le había pasado nada. Sólo un rasponcito en la pintura. Y me fui caminando despacito a la casa de mi amiga.

Entrenado para aguantar

Nunca le dije a Nadia, pero esa vez fue de las que más me ha dolido una caída en la bici. ¡Ah, cómo me ardía la espalda! ¡Me dolió muchísimo! Pero si algo he aprendido bien, mejor que cualquier acrobacia de la bici, es a aguantar el dolor. Para eso estoy entrenando desde hace mucho.

Lo que pasa es que cuando yo era un Matías Melgarejito así, chiquitito, estaba un día en mi casa, jugando tan tranquilo en el patio, cuando de repente... ¡bum! ¡que explota el calentador ahí, junto a mí!

¡Ay, ay, ay! ¡De milagro no me morí, pero sí me llevé el susto de mi vida! ¡Me quemé horrible! Acá, en la cara, un poco, donde tengo la cicatriz chiquita, acá en la panza, en las piernas... ¡Bueno! Me llevaron mis papás al hospital y ahí estuve muchísimo tiempo.

Me tuvieron que poner injertos de piel en diferentes partes del cuerpo. ¡Eso sí que me dolió, para que vean! Además, ¡estuve años en el hospital! Creo que fueron los días más tristes de mi vida.



Los doctores les dijeron a mis papás que me tenían que animar. Ellos hacían todo lo que podían: me llevaban cuadernos para dibujar, me llevaron el *walkman* de mi tío para que oyera música, y cuando de plano no hallaban otra cosa con qué alegrarme, me llevaban a Karen, mi hermanita, que traía una nariz de payaso para hacerme reír. ¡Y sí! ¡Se veía tan chistosa! Así, con sus cachetes gorditos y su narizota roja diciéndome: ¡Ías! ¡Ías!, como me decía cuando no sabía hablar bien.



Quién sabe cuánto tiempo estuve entrando y saliendo del hospital. Me iba un tiempo a mi casa y después de unos meses, regresaba. Me tuvieron que hacer muchas operaciones. Sobre todo en las piernas. Finalmente me quedaron bien. Bueno, están llenas de cicatrices, pero así, parchadas y todo, me sirven para pedalear en mi bicicleta, que es lo que a mí más me gusta.

Lo que quieran, dijo el profe

Ya casi no me importa cuando la gente se me queda viendo. Últimamente me ha dado por cerrarles el ojo o sacarles la lengua, y se ríen conmigo. A eso ya me acostumbré, al cabo la gente pasa y se va. Lo que no me gusta es cuando alguien me hace a un lado nada más porque estoy así, cicatrizado, como yo digo. ¿Que a poco yo hago menos a la gente porque está chimuela?, ¿o porque se peina de un modo?, ¿o porque tiene la voz chillona? No, ¿verdad? Pues a mí me hicieron a un lado una vez en la escuela, por mis patitas de chicharrón.

Todo empezó cuando al profesor Jacinto se le ocurrió que el festival de fin de curso no lo quería hacer como todos los años. Dijo que quería algo original.

–Ya no quiero que en este festival otra vez los de quinto y sexto se aburran, nada más viendo bailar el *Mariachi loco* a los chiquitos de primero. Necesitamos organizarlo con sus propias ideas.

–¿Como qué ideas, profe?– preguntó Lupita.



–La maestra Alicia y yo decidimos que el que quiera organizar algún espectáculo para ese día, lo puede presentar. Lo que quiera. Si tiene un grupo de rock, si se le da el baile, si quiere hacer una imitación, un escena cómica...

Todos nos empezamos a emocionar con la idea.

–Lo único que tienen que hacer es presentar su proyecto por escrito a más tardar de este viernes al otro, el día ocho.

–¿De verdad puede ser de lo que sea?– pregunté yo, que ya andaba con una idea en la cabeza.



–Bueno, tiene que ser algo que les salga bien: chiflar, poner una obra de teatro, mover la panza o hacer el baile del perrito, pero les tiene que salir muy bien.

Cristina levantó la mano:

–¿Puede ser por equipos?

–¡Ah, claro, se me olvidaba! Tiene que ser por equipos. Mínimo debe haber tres alumnos en el proyecto. Se pueden reunir incluso con compañeros de otros grados, si quieren.

Algunos empezaban ya a hablar entre ellos, comentando sus ideas.

–¡Momento!– dijo el profe. Como van a salir muchísimos proyectos y en el festival no se pueden presentar todos, se van a exponer en el friso del corredor y toda la escuela va a votar. Los 10 proyectos que saquen más votos se van a presentar en el festival.

–Profesor, ¿podemos hacer una parodia?– preguntaba uno por allá.

–¿Se vale actuar una telenovela?

–¿Y si no se nos ocurre nada?– se oía una voz preocupada por otro lado. Todos hablaban de eso.

¡Yo me emocioné muchísimo! Desde hacía tiempo quería hacer algo con mi bici en la escuela. El patio, que es donde son los festivales, está buenísimo para eso. Sólo me faltaba juntar un equipo de tres.

Antes que otra cosa, tenía que hablar con Nadia.

Afinando el mortal

A Nadia le cayó muy bien mi idea, porque estaba planeando hacer un número de baile con sus amigas, pero les sobraba gente. Estaban haciendo una rifa para ver quiénes se quedaban y quiénes se salían.

–¡Perfecto!– me dijo. Y les avisó a sus amigas que contaran una menos, porque ella iba a hacer equipo conmigo.

Sólo nos faltaba un integrante. Estábamos pensando quién podría ser. Debía ser bueno para la bici de acrobacia. Eso no estaba tan fácil.

–¡Ya sé! ¡Alex, el de sexto!– gritó Nadia de repente. –¡Es buenísimo! ¿No ves que hasta fue a dar una exhibición a la capital?
–Pero... ¿y querrá, tú?

–Pues es cosa de preguntarle.

–¿A ti te conoce? –le pregunté– porque a mí no.
–Me lo presentó un día Laurita, la hija de don Esteban, en la tienda. Aquí en la escuela si me lo encuentro, siempre lo saludo.

–¡Ah, bueno! Entonces ya tenemos un paso avanzado. ¿Pero alguna vez te ha visto hacer acrobacia?

–No.

–Tendría que vernos, para que sepa que no somos tan malos y se anime. ¿No crees?



Nadia tuvo una buena idea:

–¿Qué tal si lo invito al deportivo una tarde? Le voy a contar que queremos meter un proyecto para el festival, así, como quien no quiere la cosa. Esa tarde practicamos un rato para que nos vea y luego ya le preguntamos si quiere entrar a nuestro equipo.

A mí todavía no me acababa de salir el salto mortal. Tenía que ponerlo bien, para que Alex lo viera. Necesitaba unos días más.

–Sale –le dije a Nadia– pero dile que la semana que viene, así practico el salto mortal y para cuando él vaya ya me sale bien.

–Perfecto.

Al otro día Nadia me dijo que ya había quedado con Alex para ir al deportivo el miércoles de la semana siguiente. Era martes por la mañana. Yo tenía siete tardes y dos días completos de fin de semana para que me saliera el salto mortal. Tenía que convencer a Alex. Si el miércoles nos decía que sí, el jueves podríamos preparar el proyecto y entregarlo el viernes ocho. ¡Teníamos el tiempo justo!

Esa semana pedí permiso a mis papás para no llegar a comer. Les platicué de mis planes y les expliqué que no podía perder tiempo. Tenía que irme directo de la escuela al deportivo todos los días y practicar lo más posible. Mi papá se ofreció a hacerme una torta cada día para que comiera antes de entrenar. El sábado y el domingo irían ellos también al

deportivo, para comer conmigo. Además pedí permiso en la escuela de llegar en bici y dejarla encadenada a un poste de la conserjería. Todo tenía que salir bien.

La demostración

Hora tras hora me estuve aventando de la rampa con el famoso salto mortal. Salía de la escuela, me iba al deportivo en la bici, me comía mi torta y a trabajar. Una y otra vez, levantándome cuando me caía, sólo para volverme a lanzar. Sábado y domingo, lo mismo. La verdad, fuera de un raspón que me hice en la cara, no hubo grandes golpes que aguantar.

El miércoles de la semana siguiente ya me salía el mortal perfecto una de cada tres veces. Salí de la escuela directo al deportivo, para practicar otro rato.

Como a las cinco de la tarde llegaron Nadia y Alex. Venían caminando, cada uno con su bici a un lado. Yo estaba a punto de volver a hacer el mortal. Decidí que más valía de una vez. No quería ponerme nervioso, así que me ajusté los shorts y les grité:

—¡Nadia, Alex: miren!





¡Y que me arranco! Mientras pedaleaba decidí que ese iba a ser el salto mortal más perfecto que había yo hecho en toda la semana. Entré muy bien a la rampa, la subí a buena velocidad, salí volando, hice en el aire una vuelta completísima y... ¡toqué el suelo sin problema!

Alex y Nadia lo habían visto todo desde donde estaban. Cuando volteó hacia ellos, oí que Alex le decía a Nadia:

–¡Wau! ¡Es bueno tu amigo, eh!

Nadia sonrió, muy contenta:

–Sí, ¿verdad? –y sin esperar más, le propuso:– ¿Te gustaría entrar con él y conmigo al proyecto para el festival?

–¡Claro! ¿Por qué no? –contestó él. –A ver qué cosa podemos organizar.

Antes de acercarme a ellos, yo ya me sentía el más feliz del mundo. Estaba seguro de que íbamos a ser el mejor equipo de todo el festival. ¡Imagínense la sonrisa con la que llegué a presentarme!

Un salto para atrás

–¡Hola, soy Matías!– le di la mano derecha a Alex, mientras me quitaba el casco con la otra.

Entonces Alex se me quedó mirando, más serio.



–Oye, yo te he visto en la escuela.

–¿Sí?

–Sí, claro... ¿qué te pasó?

Yo creí que preguntaba por el raspón que traía en la cara.

–¡Ah, nada! Me caí el otro día practicando ese mismo mortal.

–No –me aclaró él señalando hacia abajo– no en la cara, yo digo en las piernas. ¿Por qué tienes la piel así?

Y le conté otra vez toda la historia:

–Lo que pasa es que cuando yo era un Matías Melgarejito así, chiquitito, estaba un día en mi casa, jugando tan tranquilo en el patio, cuando de repente...

Él se quedó callado escuchando. Mientras yo iba contando mi historia, lo miraba. No sé por qué, pero enseguida me di cuenta de que algo no iba a funcionar.

Nadia estaba tan emocionada con eso de que Alex había dicho que sí le entraba con nosotros, que ni siquiera se dio cuenta de lo serio que se había puesto después de que me presenté.

Estuvimos andando en las bicis y practicando diferentes cosas.

Recorrimos el deportivo de arriba a abajo saltando banquetas, avanzando en una rueda, brincando obstáculos... de vez en cuando Nadia le preguntaba a Alex:

–¿Y como qué se te ocurre que podríamos hacer para el festival?

–No sé. Ya veremos.

Y al rato:

–¿Oye, Alex, tú crees que podamos hacer un mortal los tres al mismo tiempo?

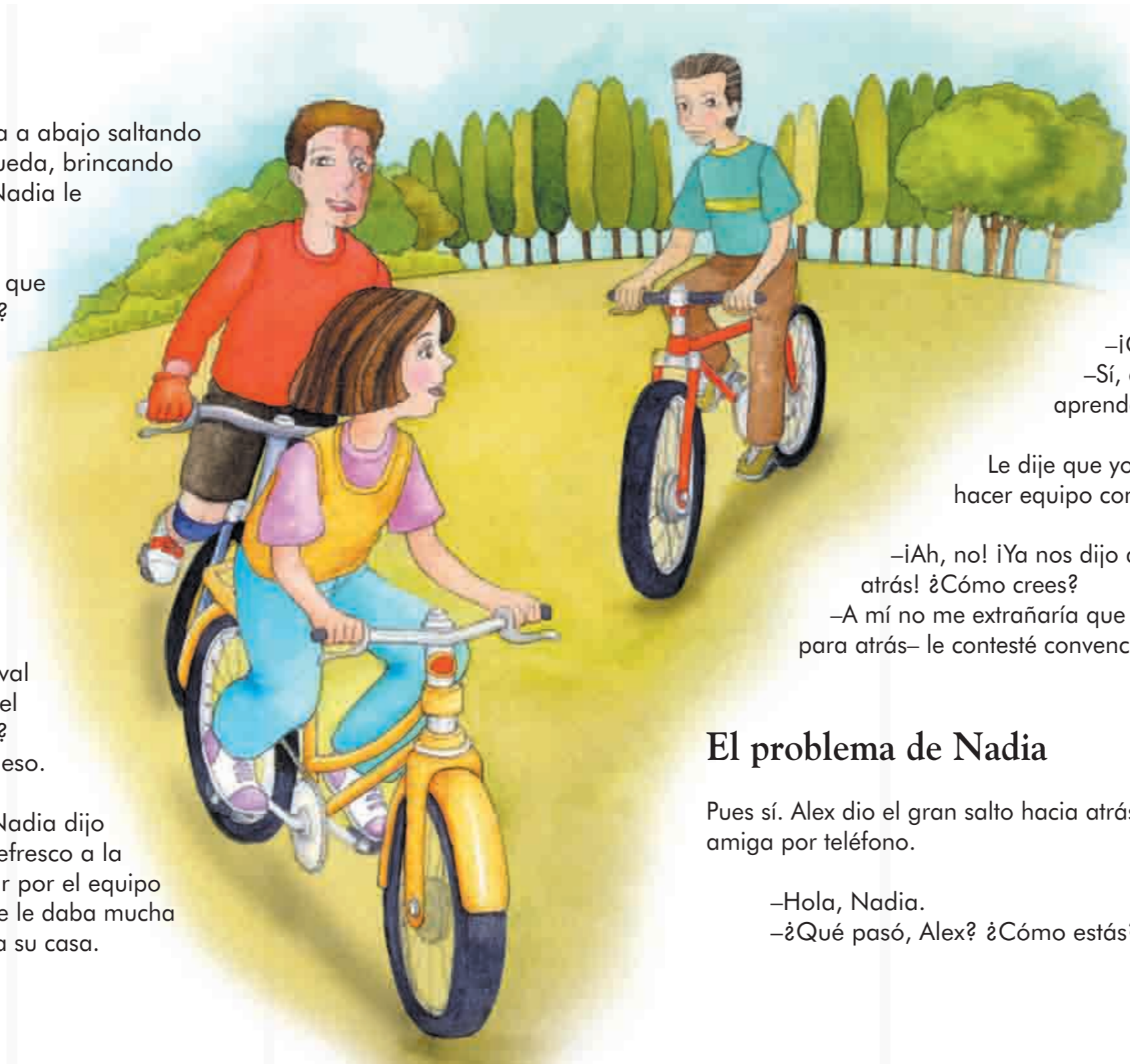
–No sé, déjame pensar.

Y luego:

–¿Qué tal si el día del festival salimos los tres así, uno detrás del otro, en vez de al mismo tiempo?

–No sé, todavía falta para eso.

Ya casi cuando oscurecía Nadia dijo que por qué no íbamos por un refresco a la tiendita. Según ella “para brindar por el equipo nuevo”. Pero Alex dijo que no, que le daba mucha pena pero que ya se tenía que ir a su casa.



–Nos vemos luego, Nadia– le dijo dándole un beso.
–Hasta luego, eh– me dijo a mí, alzando la mano desde lejos.

Cuando Alex se fue, Nadia me dijo:

–¡Oye, le encantó tu mortal, Matías!
–Sí, eso sí –le contesté–. Pero no fue para aprenderse mi nombre.

Le dije que yo creía que Alex en realidad no iba a hacer equipo con nosotros. Ella no estaba de acuerdo.

–¡Ah, no! ¡Ya nos dijo que sí! ¡Ni modo de que se eche para atrás! ¿Cómo crees?
–A mí no me extrañaría que de repente se aventara un gran salto para atrás– le contesté convencido.

El problema de Nadia

Pues sí. Alex dio el gran salto hacia atrás. Esa misma noche le habló a mi amiga por teléfono.

–Hola, Nadia.
–¿Qué pasó, Alex? ¿Cómo estás?



–Bien. Te hablo sólo para decirte que creo que no puedo entrar al equipo con tu amigo y contigo.

–¿Por qué, Alex? ¡Si apenas hoy nos dijiste que sí!

–Pues es que no sabía que tu amigo era...

–¿Que era qué?

–Que era la momia de quinto.

–¿Cómo que la momia de quinto?

–Así le dicen en mi salón... ¿No sabías?

–No.

–Mira: es muy bueno tu amigo en la bici y sí, le sale bien el salto mortal, pero yo necesito hacer un número que luzca, no un *show* de terror, con momia y todo.

–No veo que eso tenga nada que ver. Podemos hacer algo muy bueno. Apúntate con nosotros, presentamos el proyecto por escrito el viernes y luego, si ganamos, tenemos varias semanas para practicar antes del festival.

–Yo no le entro con tu amigo. No quiero ser la burla del salón.

Nadia se quedó callada.

Al otro día ella misma me lo contó. Pero no sólo nos faltaba el tercero del equipo, podía quedarme yo sólo, que era lo peor.

–Dice que tiene un amigo que le puede entrar y que yo sería la tercera de su equipo.

–¿Y tú qué le dijiste?

–Nada, Matías.

–¿Por?

–La verdad es que se me hace muy injusto.

–Eso sí.

–Además, si yo me voy, tú en vez de conseguir a uno, tienes que conseguir a dos compañeros de equipo.

–Pues sí.

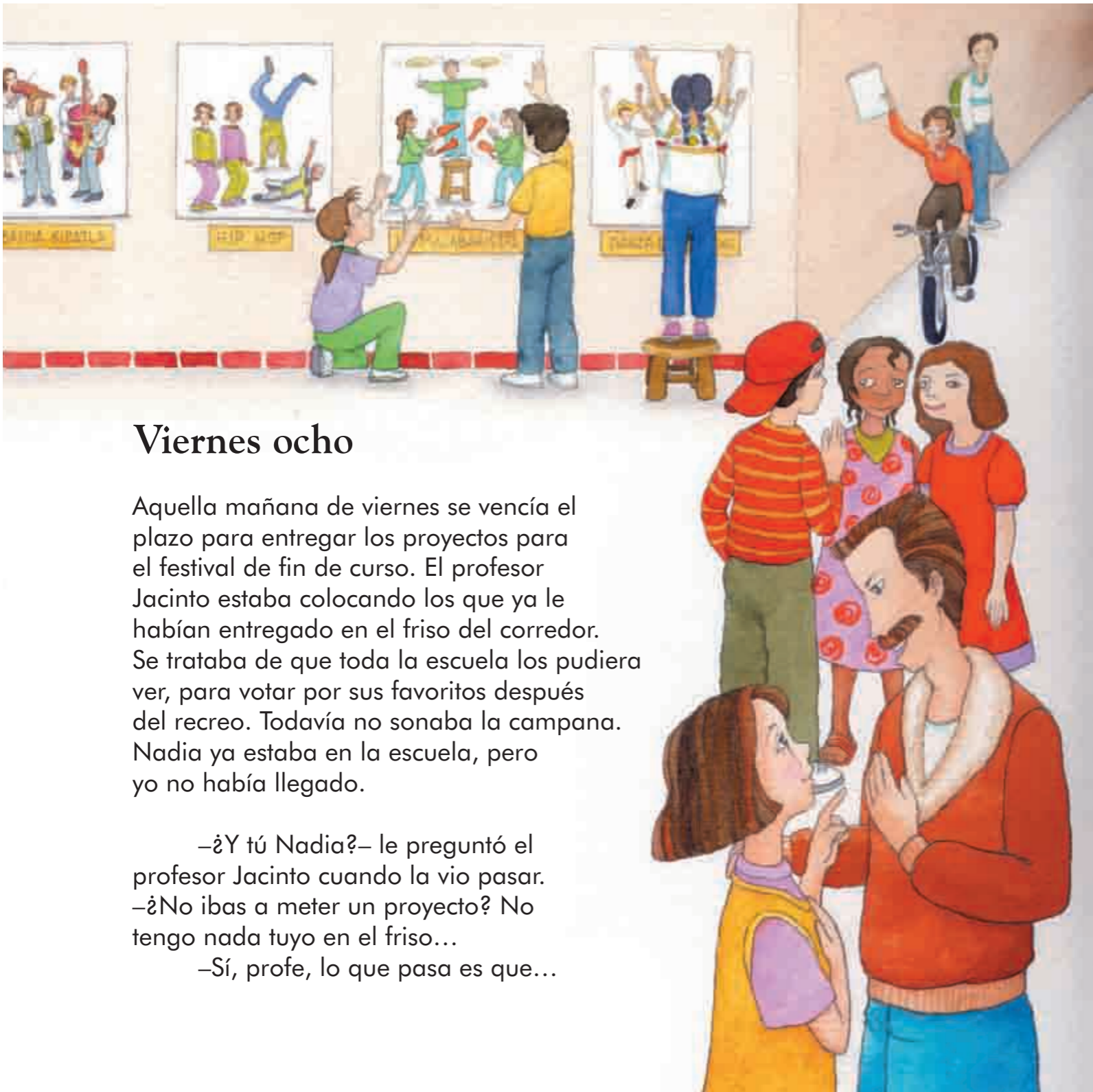
Me quedé pensando que si no conseguíamos a alguien más, Nadia se iba a quedar sin proyecto. Ella había dejado el de sus amigas para venir al mío. Tampoco se me hacía justo que se quedara sin participar. Lo peor era que al día siguiente se vencía la fecha.

–Es que si no conseguimos compañero –le dije a Nadia– tú te quedas sin proyecto y el problema de Alex no es contigo. Si quieres éntrale con ellos.

–¡Ay, no sé, Matías! La verdad es que yo sí quiero hacer algo para el festival con las bicis, pero... ¿por qué es así la gente, caray?

Nadia no podía decidir. Yo sabía que si ella no le entraba, Alex y su amigo podían conseguir a alguien más para su equipo entre sus amigos. ¡Y eran buenos de verdad! Para Nadia era una buena oportunidad que la hubieran invitado. Yo tampoco hubiera sabido qué hacer en su lugar, pero esa tarde me tenía que romper la cabeza a ver si lograba salvar mi proyecto, con o sin Nadia.





Viernes ocho

Aquella mañana de viernes se vencía el plazo para entregar los proyectos para el festival de fin de curso. El profesor Jacinto estaba colocando los que ya le habían entregado en el friso del corredor. Se trataba de que toda la escuela los pudiera ver, para votar por sus favoritos después del recreo. Todavía no sonaba la campana. Nadia ya estaba en la escuela, pero yo no había llegado.

–¿Y tú Nadia?– le preguntó el profesor Jacinto cuando la vio pasar.

–¿No ibas a meter un proyecto? No tengo nada tuyo en el friso...

–Sí, profe, lo que pasa es que...

En eso llegué yo, derrapando por el corredor. Casi no me quedaba aire. Me había venido a toda velocidad desde mi casa en la bici. Con la poca voz que me salió, le dije al profesor:

–¡Profe, por favor, por favor, dígame que todavía puedo entregar mi proyecto!

–Sí Matías, calma. Estás en los últimos dos minutos de tolerancia.

–¡Fiut! ¡Nos salvamos!–.Yo sentí que hasta me volvían las fuerzas.

Luego tomé aire y, más calmado, le dije al profesor mientras le entregaba el proyecto:

–Profesor Jacinto, aquí tiene uno de los proyectos que va a salir en el festival de fin de año.

El profesor, sonriendo, me contestó:

–Muy bien Matías. A ver, pásame las chinchas para pegarlo enseguida.

Y mientras lo ponía en el friso, el profe veía la foto que ilustraba el proyecto, muy divertido:

–¡Ah, qué padre está esto! ¡Qué buena foto! ¡Bien hecho!

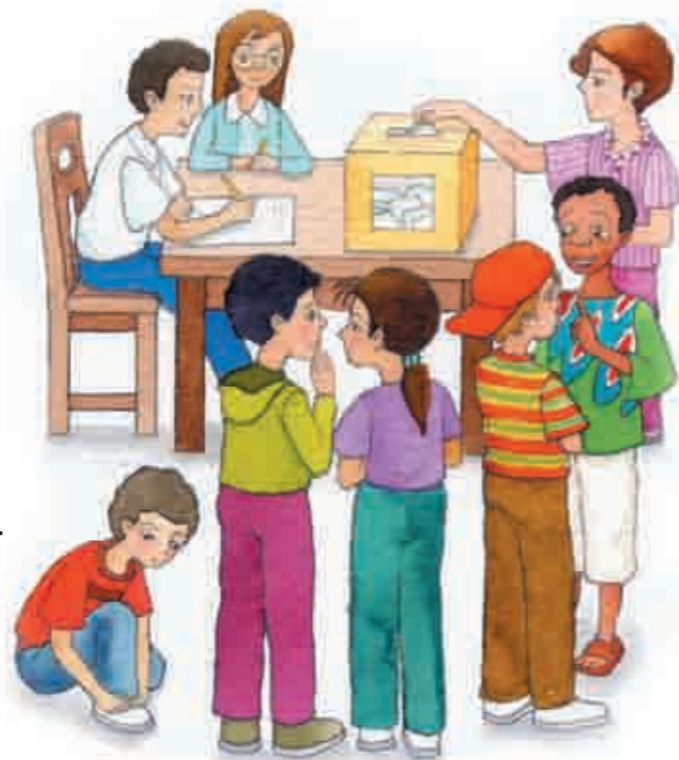
El profesor no lo podía creer. Y es que, de verdad, nuestro proyecto era el más original de toda la escuela.



Sólo faltaba esperar.

En el recreo se abrieron las votaciones. Toda la escuela votó. Las cajas recibían papeletas y más papeletas. Cuando sonó la campana aquello se terminó y regresamos al salón.

Esa tarde contarían los votos. ¡Hasta el lunes sabríamos cuáles eran los proyectos ganadores!



La estrella del show

–Uíiii– chirriaba el micrófono en el patio. Habían terminado los honores a la bandera y el profesor Jacinto estaba anunciando los resultados de la votación. Había mencionado ya a algunos equipos.

–En sexto lugar, “Los imitadores de estrellas”, de Raquel Domínguez y su equipo. En quinto, el grupo “Hip-hop”, de Blanca Estela Abúndiz. En cuarto lugar quedó el “Trío acrobacia sobre ruedas”, de Alex Castaño.

Alex y sus amigos se felicitaban de estar entre los escogidos. Nadia me enseñaba los dedos cruzados desde su lugar en la fila.



–“Los Malabaristas de Kipatla”, de Amanda López, en tercer lugar. En segundo, la obra musical “Dogs”, de Pedro Peniche.

“¡Uy! –pensé yo en ese momento– aquí es todo o nada: o estamos en primer lugar o ya no entramos al festival”. Me moría de los nervios.

–Y por último –se oyó la voz del profesor anunciando contento–: en primer lugar el proyecto “¡Ah, qué bicicletas tan inquietas!”, de Matías Melgarejo y su equipo. ¡Un aplauso, por favor!

¡Wau! ¡La escuela entera nos aplaudía! ¡Estábamos en primer lugar! Karen, mi hermana, se salió de la fila de segundo y llegó corriendo toda emocionada a darnos un abrazo a Nadia y a mí. El profesor Jacinto la vio, pero en vez de regañarla la felicitó por el micrófono.





Yo creo que en parte por ella ganamos. Y es que la foto que nos sacó mi papá para el friso está padrísima: salimos Nadia y yo, los dos con narices de payaso: ella con una peluca azul y yo con un gorro de colores. Estamos en las "Bicicletas inquietas", en el aire, en un salto mortal cruzado, así, de cabeza. Y ahí, a un ladito de la rampa... inuestra mecánica estrella: Karen, con su nariz roja, unas trenzas paradas con alambre, un overolote con globos en las petacas y un chico



desarmadorazo de hule espuma más grande que ella, con el que dizque nos anda correteando para componernos las bicis!

¡Estaba tan contenta aquella tarde cuando se me ocurrió invitarla!

Las momias acrobáticas

Todavía falta para el festival, pero estamos ensayando y ya nos sale chistosísimo y emocionante el show. El otro día que estábamos practicándolo, llegó Alex al deportivo y la verdad es que se apantalló. Vino a buscar a Nadia y la felicitó por nuestro proyecto.

Yo (a ustedes no les ha de extrañar: a estas alturas ya me conocen) me le acerqué y le dije:

–¿Qué pasó, Alex? Yo me quedé con ganas de que hiciéramos algo juntos. A ver si para el año que viene te animas. Ahora tocó de payasos, pero si quieres, la próxima vez lo hacemos de terror. ¿Qué tal si entre los tres ponemos "Las momias acrobáticas"? ¡Espantaríamos a toda la escuela!

Alex no supo si era en broma o era en serio. Y era en serio. De veras.



Discriminación por apariencia

Generalmente esta sección tiene como fin ofrecer un conjunto de datos estadísticos sobre los distintos grupos que padecen conductas discriminatorias.

En este número de la serie se aborda el problema de la discriminación por apariencia, la cual puede afectar a los más diversos grupos de personas. Ya sean hombres o mujeres, niños, jóvenes o adultos, cualquiera de ellos está expuesto a ver limitados sus derechos y libertades y a padecer tratos que van en contra de su dignidad sólo porque su apariencia no es del agrado de los demás.

Por supuesto, esta situación es preocupante, pero debido a lo extendida que está y a la variedad de formas en que se presenta en la vida diaria, son escasos los datos concretos que hay sobre el asunto. En la *Primera Encuesta Nacional sobre Discriminación en México*, por ejemplo, se ve qué efecto puede tener la apariencia de una persona en sus posibilidades de conseguir un trabajo. Los resultados son los siguientes:

Consultados que no darían un contrato de trabajo por la apariencia del solicitante	Apariencia de las personas a quienes no se les daría el contrato
53 %	Hombres que usen el pelo largo
58.3%	Personas mal vestidas
67.1%	Personas con tatuajes visibles

Esto es una prueba de que en las relaciones humanas la apariencia tiene un papel importante, a veces con efectos negativos. La idea de guiarnos por lo que vemos en un primer momento es muy común y, sobre todo, cómoda. Es fácil echar un vistazo a algo o a alguien y sacar conclusiones rápidas, aunque éstas no sean correctas.

A veces juzgamos y rechazamos a las personas basándonos en aspectos como los siguientes: el color de la piel y los ojos, la longitud del pelo o lo raro del peinado, los rasgos faciales, la estatura, la complexión, el tipo de ropa o algún defecto o rasgo singular de la persona como por ejemplo un lunar, una cicatriz, etcétera. En pocas palabras, no toleramos a alguien simplemente por su apariencia, sin intentar conocer algo sobre su carácter, sus capacidades y sus ideas.

Desde la niñez empiezan a manifestarse estas actitudes discriminatorias, que se aprenden en la familia, la escuela y los medios de comunicación. Los mayores, pues, tienen una gran responsabilidad en este problema.

En la escuela, por ejemplo, hay veces en que se escoge a ciertos niños, sólo por tener una apariencia determinada, para representar el papel en una obra de teatro o para participar en alguna otra actividad escolar, lo cual provoca que no todos tengan las mismas oportunidades; dicho de otro modo, los discriminan. Lo peor es que, aparte de no brindarles un espacio para participar, se transmite

a los alumnos la idea de que rechazar a alguien por su aspecto es aceptable y natural. Por ello, unos niños discriminan a otros, ya sea a través de burlas e insultos o acciones más violentas, tanto en la escuela como fuera de ella.

Con el fin de evitar que esta conducta indeseable continúe reproduciéndose, padres y maestros pueden seguir las sencillas recomendaciones que proponemos a continuación:

- Acepte a cada uno de sus hijos o alumnos como único y especial. Déjeles saber que usted aprecia y reconoce sus cualidades individuales. Los niños que se sienten bien consigo mismos están menos propensos a desarrollar prejuicios.
- Ayude a que los niños sean sensibles a los sentimientos de otras personas. Estudios indican que los niños que reciben cariño y atención tienen menos probabilidades de desarrollar prejuicios. Comparta con ellos historias que les ayuden a entender los puntos de vista de otra gente. Cuando ocurren conflictos personales, aliente a los niños a pensar cómo puede estar sintiéndose la otra persona.
- Asegúrese que los niños entienden que el prejuicio y la discriminación son injustos. Haga una regla firme que ninguna persona debe ser excluida con base en su raza, religión, grupo étnico, acento, sexo, incapacidad, orientación sexual o apariencia. Señale y discuta la discriminación cada vez que la vea.
- Enséñe a los pequeños el respeto y el aprecio de las diferencias a través de oportunidades de interacción con gente de diversos grupos. Estudios revelan que los niños que juegan y trabajan juntos con un objetivo en común desarrollan actitudes positivas hacia los otros.
- Ayude a que los niños identifiquen ejemplos de estereotipos, prejuicio y discriminación. Asegúrese que ellos saben cómo responder a tales actitudes y comportamientos cuando ocurren delante de ellos. Las noticias de televisión y programas de entretenimiento, así como las películas y periódicos, a menudo proveen oportunidades para la discusión. Según estudios recientes, el estímulo del pensamiento crítico puede ser el mejor antídoto contra el prejuicio.
- Anime a los pequeños a crear cambios positivos. Dígalos cómo pueden ellos responder al pensamiento prejuiciado o a actos de discriminación que ellos vean. El confrontar a compañeros es particularmente difícil para los niños, así que necesitan una respuesta lista para tales instancias. Si otro niño recibe insultos hirientes, un observador podría simplemente decir : “No lo/la llame así. Llámelo/la por su nombre” o “A usted no le gusta que lo insulten ni a mi tampoco”.
- Tome la acción apropiada contra el prejuicio y la discriminación. Por ejemplo, si otros adultos usan lenguaje intolerante alrededor de los niños, usted no debe ignorarlo. Necesitan saber que esa conducta es inaceptable aunque sea de un adulto familiar. Una frase sencilla bastará: “Por favor no hable de esa manera delante de mis hijos (o alumnos)” o “Ese tipo de broma me ofende”. Los adultos deben seguir los mismos principios de conducta que ellos esperan de los niños.



Nos interesa tu opinión

Si tienes algún comentario sobre este
cuento, o deseas preguntarnos algo
sobre las tareas que realizamos en
el CONAPRED, envíanos una carta a:
Dante 14, piso 8, col. Anzures, del.
Miguel Hidalgo, CP 11590, o bien
escríbenos al correo electrónico:
vinculacionyd@conapred.org.mx

